

Oro rompe nuevo récord impulsado por expectativas de recortes de tasas y debilidad del dólar

Recopilado por Amalia Beltrán



El mercado del oro ha entrado en territorio sin precedentes. Esta semana, el metal precioso rompió su propio techo histórico al cotizar en 2,673.49 dólares por onza, impulsado por la creciente expectativa de que la Reserva Federal recorte las tasas de interés antes de que termine el mes. La cifra no es menor: representa un síntoma elocuente del clima financiero global, marcado por la debilidad del dólar, rendimientos en retroceso y tensiones que van mucho más allá de las fronteras económicas.

En los mercados financieros, pocas cosas son tan simbólicas como el precio del oro. Su comportamiento no sólo refleja decisiones de política monetaria, sino también una lectura colectiva sobre el riesgo global. El oro, a diferencia de otros activos, no promete rendimiento, pero sí seguridad. En momentos en que el dólar pierde fuerza y la estabilidad política tambalea, esa seguridad se convierte en una apuesta más valiosa que nunca. El dato del empleo en Estados Unidos, publicado la semana pasada, sorprendió por debajo de lo esperado, con señales

claras de desaceleración. Ese solo elemento fue suficiente para que los inversionistas aumentaran sus apuestas por un recorte de tasas de al menos 25 puntos base por parte del banco central estadounidense. La probabilidad, de acuerdo con los mercados de futuros, ya supera el 85%. No se trata sólo de una corrección técnica; es un ajuste de expectativas de política monetaria que arrastra consigo todo el andamiaje financiero internacional.

Las consecuencias son visibles. El dólar ha perdido terreno frente a la mayoría de las divisas principales, incluidos el euro, el yen y el yuan. Los rendimientos de los bonos del Tesoro a 10 años han caído a mínimos de los últimos seis meses, una señal clara de que los inversionistas buscan refugio y liquidez. Ese ambiente es ideal para el oro, que se beneficia no sólo de la caída del rendimiento real, sino de la percepción de fragilidad institucional.

A esto se suma un contexto geopolítico cargado. Las tensiones entre Rusia y Ucrania persisten sin resolución, mientras que la situación en Medio

Oriente ha vuelto a escalar tras las elecciones en Israel. China, por su parte, continúa acumulando oro en sus reservas internacionales, una estrategia que algunos analistas interpretan como un intento de reducir su exposición al dólar. Todo esto ocurre en paralelo con una campaña electoral en Estados Unidos donde incluso la independencia de la Reserva Federal ha sido puesta en duda por voces políticas, añadiendo incertidumbre al panorama.

La lectura de fondo es clara: el oro ha vuelto a posicionarse como el activo refugio por excelencia. Los inversionistas institucionales lo ven como un seguro frente a la volatilidad monetaria y política. Los bancos centrales lo compran para diversificar sus reservas y ganar autonomía frente a las fluctuaciones del billete verde. Los pequeños ahorradores, sobre todo en países con monedas inestables, también incrementan su exposición al metal.

En este punto, resulta inevitable preguntarse si este nuevo récord es un techo o una estación de paso. Las proyecciones varían. Algunos analistas consideran que el precio podría consolidarse en torno a los 2,600 dólares por onza en el corto plazo, mientras que otros, más agresivos, hablan de una posible escalada hacia los 3,000 dólares antes de finalizar 2026, en caso de que las condiciones actuales se profundicen.

Lo interesante es que el repunte del oro no parece ser únicamente una reacción a las cifras económicas, sino también un reflejo del malestar estructural del sistema financiero internacional. La confianza en los activos respaldados por deuda soberana se ha erosionado. El retorno a los metales preciosos podría ser, en ese sentido, una respuesta casi instintiva a un entorno donde las

certezas escasean.

Para México y América Latina, este repunte presenta oportunidades y desafíos. Países como Perú, Chile y el propio México, con industrias auríferas robustas, podrían ver beneficios significativos en exportaciones, recaudación fiscal y atracción de inversión extranjera. Al mismo tiempo, los costos de producción y la presión social sobre los proyectos mineros siguen siendo variables que no se pueden ignorar.

Desde la perspectiva minera, este contexto puede ser una ventana estratégica. Inversionistas que habían detenido proyectos por razones financieras o políticas podrían reconsiderar su posición ante un escenario de precios favorables. Para las empresas, se abre la posibilidad de revalorizar activos, optimizar márgenes y fortalecer sus posiciones en el mercado global. Eso sí, el reto será hacerlo bajo estándares sociales y ambientales cada vez más exigentes.

El oro, al final del día, no sólo brilla por su valor monetario. Su capacidad para captar el pulso del mundo lo convierte en un termómetro económico y político de primer orden. Lo que ocurre con su precio dice más sobre nosotros —y sobre el rumbo de nuestras decisiones colectivas— que sobre el metal mismo.

